

Revista de Pastoral Juvenil

# MISIÓN Joven



**Separata**

**MJ 534-535 (Julio-Agosto 2021)**

estudios

Páginas 15-26

Los procesos formativos  
de los educadores de fe

---

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB



## Los procesos formativos de los educadores de fe

SANTIAGO GARCÍA MOURELO, SDB

Doctor en Teología. Universidad Pontificia Comillas

### Síntesis del artículo

El estudio aborda los procesos formativos de los educadores en la fe (educadores, catequistas, animadores) de los jóvenes, partiendo de una lectura de la situación actual, iluminándola desde la situación eclesial que vivimos y de modo particular en referencia al magisterio del Papa Francisco. El autor plantea algunos criterios para la formación y algunas urgencias que afrontar en la formación de los agentes proponiendo hacer también de los jóvenes protagonistas de los propios procesos de maduración en la fe que viven. **#PALABRAS CLAVE:** formación, evangelización, educación en la fe, procesos, competencias, protagonismo juvenil.

### Abstract

The study deals with the formative processes of educators in the faith (educators, catechists, animators) of young people, starting from a reading of the current situation, illuminating it from the ecclesial situation in which we live and in particular with reference to the magisterium of Pope Francis. The author sets out some criteria for formation and some urgent needs to be faced in the formation of the agents, proposing to make the young people protagonists of their own processes of maturing in the faith that they are living. **#PALABRAS CLAVE:** formation, evangelisation, education in the faith, processes, competences, youth protagonism.

### Un aviso, con perdón

En las siguientes líneas vamos a reflexionar sobre los procesos formativos de los educadores de fe. Antes de nada, quisiera indicar que utilizaré indistintamente los términos educadores de fe, catequistas, animadores de grupos de fe, etc. Siendo consciente de que cada término tiene su peculiaridad y su riqueza, dentro de la sensibilidad de cada uno, de las opciones de cada Iglesia particular o de la familia carismática a la que se pertenezca.

Dentro de este campo semántico nos referimos a quienes están llamados a iniciar, educar, acompañar en la fe o a la fe —esta sería otra discusión— a otros, independientemente de su edad o condición.

Junto a esto, dado el perfil de la revista **MISIÓN JÓVENES**, tenemos en mente, como interlocutores prioritarios en el proceso de educación en la fe, a los jóvenes, motivo que condicionará parte de la reflexión sobre los procesos formativos.

## 1 ¿Cómo estamos?

Desde hace décadas se trabaja mucho en las iniciativas formativas de los animadores de grupos de fe, catequistas, o educadores. Se ofrecen cursos a nivel local, parroquial, diocesano, provincial o nacional; charlas presenciales, *on-line*, semipresenciales o bimodales; recursos, fichas de trabajo, publicaciones; escuelas de catequistas, escuelas de evangelizadores; formaciones básicas, iniciales, intensivas, permanentes, continuadas, especializadas; monográficos bíblicos, sobre acompañamiento, sobre primer anuncio; seminarios, másteres, grados, titulaciones propias u oficiales, etc. Hay un sinfín de ofertas y propuestas que, con mayor o menor intensidad, han ido emergiendo, según la consistencia de las comunidades, a nivel local, arciprestal, diocesano, provincial o nacional.

Todo ello denota la **preocupación por cualificar** a quienes ejercen la tarea de educar en la fe a otros y, como posibles presupuestos no explicitados, por salvar una carencia detectada o una actualización requerida. Todos esos esfuerzos son loables, necesarios y se han de prolongar y renovar. Pero, permítase unos inte-

rrogantes, ¿Es este el camino de la fecundidad apostólica? ¿Estamos apuntando, así, al centro de la diana? ¿La cualificación formativa —según las iniciativas mencionadas— implica una capacitación ministerial? Con otras palabras ¿tener un título o un certificado nos hace mejores apóstoles, catequistas o ministros —instituidos u ordenados—?

La respuesta creo que es compartida, aunque no siempre sea reconocida: no. Y el motivo no es el **equivoco argumento** de la prioridad de la práctica sobre la teoría, o de la experiencia sobre el conocimiento, o el de la vida sobre el ideal, como si el ámbito de la reflexión fuera ajeno a la práctica, la experiencia o la vida. Es más, solo una vivencia reflexionada se convierte en experiencia y la rescata del mundo de la provisionalidad.

Todos sabemos de la desproporción entre nuestras intenciones e ideales y su realización concreta, como decía Maurice Blondel, pero eso no es óbice para renunciar al horizonte hacia el que caminar fijando nuestra mirada, únicamente, en cada paso que damos exigido por las urgencias y lo que *se lleva*. Cada paso, si quiere ser acertado, ha de estar orientado más allá de sí mismo y siempre confrontado



por la meta que le puso en camino. De manera semejante, cada paso, si quiere ser fecundo, ha de ser acogido como una matriz especulativa que nos invite a la reflexión, iluminando el siguiente, y como un anticipo de lo que está por llegar. Nada de disyuntivas, nada de acentos. Una cosa y la otra: teoría y práctica, experiencia y concepto, vida e ideales, en una dialéctica o polaridad que se ha de salvaguardar y garantizar y que expresa, de manera preclara, la itinerancia de una vida con sentido y, sobre todo, **la condición peregrinante de la fe bajo la práctica del discernimiento.**

Entonces, ¿cuál es el motivo de que este no sea el camino? ¿Hacia dónde estamos apuntando, como si creyéramos acertar? Algo ya hemos sugerido, aunque hay más factores. Por ejemplo, la institucionalización o estructuración de la formación, ha situado las formaciones como algo que, por sí mismo, salvaguarda la calidad de la misión y la cualificación del evangelizador. También, la profesionalización o tecnificación de la formación, bajo la estética del *marketing* y los parámetros de la productividad, ha reducido las formaciones a mera aplicación de técnicas o estrategias según la última moda. Junto a ello, la conciencia de que la formación es la que hace mejores a los «agentes de pastoral», ha situado las formaciones en el ámbito del «hacer», de la ejecución de actividades; la misma palabra «agente» lo delata. Por último, según sensibilidades, la formación comprendida como una vulgarización de los contenidos teológicos desconectados de la vida espiritual o la praxis pastoral —que en muchísimos casos los motivó—, ha generado rechazo a las formaciones que se puedan ofrecer.

Estos y otros elementos —cada uno que reflexione— y, sobre todo, los frutos que estamos dando —los años nos dirán qué calidad tienen—, debieran invitarnos a pensar las coordenadas básicas de la formación de los educadores, animadores o catequistas.

## 2 A qué nos invita el actual momento eclesial

Entre otros documentos, la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (EG), la Exhortación Apostólica Postsinodal *Christus Vivit* (ChV) y su precedente proceso sinodal, el *Directorio para la Catequesis* (DC) y el reciente *motu proprio, Antiquum ministerium* (2021), con el que se instituye el ministerio del catequista, nos dan, por lo menos, dos claves fundamentales del momento eclesial que vivimos y sus orientaciones prioritarias.

### a) La comunidad cristiana, lugar privilegiado de la formación

Una de las insistencias, que no es meramente un acento, es la prioridad de la vida comunitaria. Entendida y vivida con una fuerte significación teológica, **la comunidad es expresión de la Trinidad**; del mismo Dios que llama, convoca y envía; del mismo Dios que la comunidad celebra, testimonia y anuncia. Dios comunión, riqueza relacional, diferencia en la unidad del amor, se expresa sacramentalmente en la misma comunidad.

Desde aquí, lejos quedan las comprensiones sociológicas o instrumentales de la vida común, como si fuera un fortín para mantenerse a salvo de la agresividad del mundo, o como si fuera un oasis terapéutico de sanación o compensación de las propias heridas. Por el mismo motivo, lejos, también, de la endogamia y de un repliegue autorreferencial, la comunidad vive *en salida*, como tantas veces repite el papa Francisco (EG 20), fuera de sus propios márgenes, hacia tantas periferias sociales y existenciales, según la misma dinámica de la revelación del Dios Trino.

La comunidad, entendida y vivida de esta forma, es **madre y maestra**. Engendra a sus propios hijos, los cuida y educa en la fe que testimonia. Cada uno de sus miembros, desde el don o carisma que Dios ha depositado en

ellos, participa de esa maternidad y de su carácter educativo. Por eso, la comunidad, lejos de ser un ente abstracto, se hace realidad concreta en cada uno de sus miembros. De ahí que, allí donde esté un cristiano, está presente toda la comunidad y cada una de sus dimensiones: el kerygma o anuncio, la liturgia o celebración, la diakonía o servicio. De manera análoga, cuando la comunidad está reunida, en cualquiera de sus formas o porciones, es expresión de la Iglesia universal, del Pueblo de Dios en comunión. Por este motivo, la misma vida de la comunidad lleva en sí toda la riqueza que atesora en su Tradición y, como consecuencia, se convierte en el **lugar privilegiado para la formación** de cada uno de sus miembros.

Dentro de ella, quienes tienen el don, carisma o vocación del ministerio de la catequesis o de la educación en la fe, se reconocen dentro de un proyecto más amplio que pertenece a la misma naturaleza de la Iglesia: la evangelización. Por eso, «la escucha de las necesidades de las personas, el discernimiento pastoral, la preparación concreta, la realización y la evaluación de los itinerarios de fe constituyen los momentos de un laboratorio formativo permanente para cada uno» (DC 134). Dicho con otras palabras, cuando la comunidad se reúne, forma a sus miembros; cuando la comunidad anuncia, forma a sus miembros; cuando la comunidad celebra, forma a sus miembros; cuando la comunidad sirve; forma a sus miembros. **Es la misma vida de la comunidad la que forma.**

Sin este suelo nutricional, sin estas raíces, sin este ecosistema, sin este cuidado cotidiano, sin esta red de relaciones, toda formación que se ofrezca resultará estéril, artificial, superpuesta, ajena a la vida de quienes la reciban.

### **b) Discípulos misioneros**

Es un dato indiscutible de historia y de fe que cuando Dios llama, lo hace personalmente. Por caminos y medios desconocidos, Dios elige a

un Pueblo y, dentro o fuera de él, a mediadores que den voz a su palabra y obra a su voluntad. Su Hijo, sigue la misma dinámica de elección: llama dónde, cuándo y a quién quiere, primero y fundamentalmente, a estar con él, y solo después de un tiempo de convivencia, envía haciendo participar de su misión; bien a donde piensa ir después (Lc 10, 1), o bien, bajo el impulso de su Espíritu, a donde no pudo llegar en su vida terrena (Mt 28, 19-20).

Hoy como ayer, cada bautizado, está llamado a responder personalmente a la llamada del Señor y a **participar de su intimidad y su misión**. Lejos, por tanto, de un cristianismo gregario, sujeto a inercias y rutinas, el cristiano, todo cristiano, es un discípulo y, como todo discípulo, está bajo la disciplina del Maestro. Esta no consiste en otra cosa que en su **seguimiento**, allá por dónde pase, cómo pase y con quién pase: atento a la escucha de su palabra, en público o en privado, comprometido con la asunción de sus criterios, dispuesto a la conformación con su pasión y dócil a la asimilación de sus sentimientos. Sin este vínculo, que es don, se podrán hacer muchas cosas y muy buenas, se participará en iniciativas necesarias, pero sucederá como a tantos otros, que reconocían en Jesús a un enviado, pero se resistían a seguirle; o como aquellos que siguieron a Jesús y le abandonaron en la cruz; pasaron tiempo con él, pero con la cabeza y el corazón lejos de él.

Gracias a la convivencia cotidiana con Jesús, el Señor, habitado por su Espíritu y guiado por sus inspiraciones, el educador y catequista sabe que no es el protagonista de su ministerio y debe dejar que el Espíritu sea quien lo posea, renunciando a controlarlo todo. Sin duda, esto es una provocación al paradigma tecnocrático en el que nos desenvolvemos cotidianamente en la pastoral, donde todo lo administramos, lo medimos y lo controlamos. Sin embargo, **el discipulado es muy exigente porque perdemos el control.**

Pensemos en los primeros predicadores que fueron a Asia. Sin ninguna medida, sin ninguna seguridad, sin ningún plan o estrategia. Vivieron entregados al Espíritu, como expresión de la fe. Esta entrega y el propio camino de fe, no se hizo ni se hacen al azar, sino que es un proceso. No hay que olvidar que **el Espíritu Santo genera procesos**. Irrumpe, sorprende, es cierto, pero su fuerza no se agota en el instante, sino que sostiene, si le dejamos, una respuesta continuada. Quizá desde aquí se entienda ese principio tan querido por Francisco que dice que «el tiempo es superior al espacio» (EG 222-225).

Sin la conciencia del discipulado itinerante, de ser llamados, guiados y enviados, de no pertenecerse a sí mismos, de que la fe es un camino que dura toda la vida, así como la misión que comporta, toda formación que se proponga será acogida como algo superfluo, como un requisito que satisfacer o unas horas que cumplir.

### 3 Criterios para los procesos formativos

Las dos claves descritas piden «armonizar con sabiduría la atención a las personas y a las verdades de fe, al crecimiento personal y a la dimensión comunitaria, a los dinamismos espirituales y a la preocupación por el bien común» (DC 135). Para ello, cuando el *Directorio para la catequesis* aborda la cuestión de la formación, en el número citado, sugiere los siguientes criterios.

- **Espiritualidad misionera y evangelizadora:** es un acorde de fondo que, como un *leitmotiv*, ha de acompañar toda iniciativa formativa y que remite al discipulado misionero que acabamos de glosar. Se trata de la vivencia de la espiritualidad cristiana acorde con el tiempo que vivimos. No ajenos al mundo y anclados en la relación personal con el Señor.
- **Formación integral:** pese a la especialización temática de las formaciones, estas deben desarrollarse en conexión con todos los ámbitos de la vida, puesto que la fe no es una dimensión junto a otras, sino que sus implicaciones transforman todas las dimensiones de la persona a todos los niveles.
- **Estilo del acompañamiento:** antes de ser una estrategia que facilita la personalización de la fe —necesaria en el tiempo que vivimos—, es un estilo comunitario y personal de relaciones. Si la fe es un camino permanente, si las formaciones atienden a consolidar el itinerario personal y a capacitar para el ministerio recibido, el acompañamiento del educador en la fe es una exigencia ineludible. Solo así, su tarea como catequista trascenderá la mera instrucción o la simple gestión del grupo y del temario, porque serán los interlocutores los que marcarán el itinerario a seguir, atendiendo a la gradualidad y diversificación de sus procesos.
- **Coherencia entre los estilos de formación:** explicitado en el punto anterior, la pedagogía en la formación del educador en la fe será la fuente del mismo proceso catequético y evangelizador que proponga. Nadie da lo que no tiene. Nadie guía por un camino sin ser diestro en las claves para recorrerlo. Según se forme, así serán los itinerarios que proponga.
- **Docilidad y autoformación:** indicado en el punto sobre el discipulado misionero, la docilidad es clave en la formación. Esta tiene la vocación de dar forma, de transformar y, para ello, el educador ha de saber que no lo sabe todo, que tiene ámbitos en los que crecer. Si esta actitud se logra consolidar, el proceso formativo que se proponga se convertirá en autoproceso. El animador de grupos de fe buscará formarse para su propia conformación, aunque no se le propongan formaciones, yendo más allá de la instrumentalización de los conocimientos y estrategias para su ministerio.

- **Laboratorio de la acción:** la formación no ha de reducirse a las intervenciones formativas, puesto que toda acción nos va dando forma. Así, la auténtica formación logra su cometido cuando el catequista, educador o animador vive cada momento como un laboratorio de experimentación del camino que ha de ofrecer. Los momentos dedicados a la preparación de su ministerio, su misma ejecución, las celebraciones ordinarias y extraordinarias, sus relaciones cotidianas, las decisiones que va tomando, sus momentos de oración, su tiempo libre, etc., todo es lugar para hacer experiencia (=vivencia reflexionada, =unificación de lo que se hace, piensa y siente) de la fe que vive y anuncia.

## 4 Competencias que articular en la formación

Junto a los criterios indicados, que orientan la pedagogía y la metodología de la formación, esta ha de atender a las clásicas dimensiones de toda intervención formativa que, según los paradigmas pedagógicos actuales, pueden ser consideradas como competencias que adquirir: **ser y saber estar con, saber y saber hacer** (DC 136-150)<sup>1</sup>.

Estas competencias, no han de considerarse independientes entre sí, sino reclamándose mutuamente en **equilibrio**; tampoco como una cualificación instrumental que olvide todo lo que hemos dicho hasta ahora (vivencia comunitaria, discipulado misionero, etc.). Por último, antes de desarrollarlas brevemente, es indispensable que su articulación en contenidos concretos sea **gradual y adaptada** —recordemos los criterios de la coherencia entre los estilos formativos y del

estilo del acompañamiento—, cuestión que no es sinónima de que la formación sea rebajada, edulcorada o adelgazada.

### **Ser y saber estar con**

Una novedad que aporta el *Directorio para la catequesis* es vincular la cuestión de la identidad —el ser— con la relacionalidad —saber estar con—, y es que una no es sin la otra.

La cuestión de la identidad del educador, catequista o animador de grupos de fe reclama, antes del ministerio que ejercer, personas maduras en el ámbito afectivo y relacional, con equilibrio emocional y sentido crítico, así como con una vivencia de fe adecuada a su edad y a la de sus interlocutores. Solo **desde esta base humana y cristiana puede madurar una espiritualidad profunda** capaz de acompañar a otros en su camino.

Por eso no ha de olvidarse, y más en el contexto en el que estamos, que el animador, catequista o educador, ejerce un rol de autoridad entre sus interlocutores. Es **persona de referencia** para ellos, desechando cualquier indicio o forma de abuso, sea este de poder, de conciencia, económico, afectivo o sexual.

### **Saber**

Quizá sea esta la competencia hacia la que, por desgracia, se inclinan la mayoría de las formaciones y la que es más reclamada por animadores, educadores y catequistas. Esta solicitud, en no pocas ocasiones, revela una **inconsistencia en el ámbito del ser** que, a todas luces, puede quedar perpetuada si no se atiende al criterio de integralidad, mencionado más arriba.

Pese a esto, que no conviene obviar, el educador de grupos de fe ha de contar con un acervo de conocimientos en diversas áreas necesarias para la calidad de su ministerio. Así, por ejemplo, deberá tener una especial sensibilidad para saber leer e interpretar el contexto social y humano donde habita. Lejos de cualquier tipo

<sup>1</sup> Los mismos términos son los utilizados en el *Itinerario de educación en la fe* del Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil (Madrid: Editorial CCS 2014, 149-150), editado años antes.

de ideología, ha de ser **fiel a las personas**. Para ello ciertas habilidades psicológicas, pedagógicas o comunicativas pueden ser de ayuda.

Junto a esto, son indispensables ciertos conocimientos bíblicos y teológicos. En cierta manera, en su mismo proceso ha debido ir lográndolos, pero ahora han de ser sistematizados desde un estilo catequístico o pedagógico. No se trata de memorizar el *Catecismo*, pero sí de adquirir cierto carácter sintético de la fe, pues también ha de ser **fiel al mensaje** que testimonia, anuncia y en el que educa. Por eso necesita conocer las grandes etapas de la **Historia de la Salvación**, los núcleos esenciales del mensaje cristiano fijados en el *Símbolo de la fe*, celebrados en la **liturgia**, manifestados en los **sacramentos**, hechos carne en la **vida moral** y sostenidos en la **oración**.

En definitiva, la «fidelidad al pasado y responsabilidad por el presente son las condiciones indispensables para que la Iglesia pueda llevar a cabo su misión en el mundo» (*Antiquum ministerium*, 5).

### **Saber hacer**

Por último, la tarea del catequista, animador o educador sería estéril si no fuese **pedagógicamente capaz** y no adquiriese las habilidades básicas para su ministerio: cercanía, comprensión, capacidad de diálogo y de congregar, no en torno a sí mismo, sino en torno al Señor que lo envía y sostiene.

En edades tempranas o juveniles es esencial que su estilo sea un **estilo de comunión**, de generar relaciones sanas y maduras, no solo con él, sino entre los interlocutores, atendiendo al respeto y a la libertad.

Por último, son necesarios unos conocimientos básicos para programar **itinerarios** de grupo y personalizar esos itinerarios en el **acompañamiento** educativo, pastoral o espiritual, dependiendo del momento del proceso de sus interlocutores.





## 5 Algunas emergencias

A partir de las claves, criterios y dimensiones descritas, me atrevo a indicar algunos ámbitos o temas formativos emergentes que, según mi modo de ver —siempre limitado y parcial por la propia sensibilidad y experiencia—, creo que pueden ser, no novedosos, pero sí relevantes en el contexto actual. Con todo, pese a las sugerencias que pueda aportar, creo que este es un ejercicio que ha de hacerse por todos, de forma continuada y contextualizada. Así que, ahí queda la invitación.

### *De las formaciones a la conformación*

Un primer ámbito, no siempre bien articulado, consiste en la superación de un estilo formativo que no se conforme en la capacitación para un determinado ministerio o para la destreza en una serie de estrategias o técnicas. Previo a esto, o como un acorde de fondo en

este tipo de formaciones, está la **consistencia del sujeto** que se forma. Siendo esta una tarea compleja, continuada, enriquecida por múltiples factores y experiencias, en cristiano, dicha consistencia apunta a la **conformación con Jesucristo**; sabiendo que esta, parte de la acogida, en libertad, de la gracia. Una acogida que implica el proceso hacia un nuevo nacimiento, hacia la personalización de la fe, hacia el descubrimiento de la propia vocación.

Desde esta sensibilidad, **lo vocacional** no es algo ajeno a la pastoral ordinaria y cotidiana, y supera la eventualidad con que es tratado; también, ¿por qué no?, podría implantarse específicamente en todas las iniciativas formativas que se propongan, sean del orden que sean, porque estas solo tienen sentido y visos de fecundidad si están insertadas en un sujeto creyente consciente y comprometido vitalmente.



### ***La vida litúrgica y familiaridad con la Palabra***

Bien sabemos que la comunidad se visibiliza a sí misma en la celebración litúrgica; no siendo este el único ámbito, pero sabiendo de su especial relevancia y condensación teológica, la vida litúrgica es el lugar donde todos los miembros de la comunidad se encuentran, independientemente de su participación en las diversas iniciativas que se realicen.

Por este motivo, por ser un vínculo común y permanente, quizá sea oportuno acentuar esta dimensión. No solo en lo referido al conocimiento de la estructuración del culto litúrgico, si no a la **vivencia personal y significación sacramental**, que trasciende las mismas celebraciones. ¿Qué camino afectivo y espiritual propone cualquier celebración? ¿Cómo vivirlo? ¿Cómo educar en ello? ¿Qué itinerarios proponer? Son preguntas en las que nos jugamos mucho.

Vinculada con esta cuestión, pero con otras derivaciones está la formación bíblica. En no pocos lugares se hacen esfuerzos ímprobos sobre estos temas, pero, hay que reconocerlo, todavía queda camino. La cualificación para poder **alimentarse con el pan de la Palabra** puede favorecer el discipulado descrito, la purificación de la imagen de Dios y de su Hijo, la oración personal, la asimilación de criterios evangélicos, etc. No es algo instrumental, sino constitutivo.

### ***El camino espiritual y la vida afectiva***

Dado el tiempo que, gracias a Dios, vivimos, los procesos formativos pueden ser una oportunidad para acompañar el camino espiritual. Sobre esta cuestión, llama la atención, que muchas de las formaciones sobre este tema se reduzcan a la destreza de ciertas técnicas, ya sean estas sobre la entrevista de acompañamiento, el discernimiento, etc., o



se entretajan citas del último autor de moda en contextos religiosos, pero se obvian **los momentos del camino espiritual**. Esta es una cuestión que exige el conocimiento de los grandes maestros espirituales de nuestra Tradición, no pocas veces puestos entre paréntesis, como si creyéramos que tienen poco que decirnos. Si bien los contextos son diferentes, ellos supieron describir cómo Dios actúa, se manifiesta e invita y, también, cómo educar la propia libertad para consentir a sus inspiraciones.

En este sentido, la **educación de la vida afectiva**, lugar donde se fragua la propia identidad y desde el que se entretajan nuestras decisiones y, por supuesto, nuestra fe, también emerge como un tema urgente; sobre todo en estos contextos en los que la comprensión y vivencia de la afectividad es confusa.

### **La Doctrina Social de la Iglesia**

La complejidad y rapidez con que se desarrollan **los acontecimientos requieren luz** si quieren ser vividos con profundidad y coherencia. De unos pocos años a esta parte vemos cómo ciertos fenómenos sociales — política, economía, ecología, ciudadanía, etc. —, nos movilizan inevitablemente. Pese a que la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) es joven —no llega a 150 años desde *Rerum novarum* (1891), primera encíclica social—, el discurso social de la Iglesia es rico, sustancioso y necesario. Sin embargo, no es conocido por la inmensa mayoría de cristianos y, no pocas veces, tiende a ensombrecerse con ideologías que devalúan la dignidad de la persona y su libertad individual, la participación social, la búsqueda del bien común, etc.

En los procesos de educación en la fe, estos son aspectos obviados y minimizados en favor de otros de corte más teológico-doctrinal o espiritual, como si la DSI careciese de estas cualidades. Nada más ajeno a la realidad. ¿Acaso cuestiones sobre la digitali-

zación, la ideología de género, la mentalidad científica, las migraciones, la globalización, etc., son irrelevantes en nuestros procesos? ¿Acaso no aparecen? ¿Acaso no se tiene una postura sobre ellos? ¿Cuál es la de la Iglesia? **¿Cuál es nuestra propuesta?** ¿Cómo se sitúa un cristiano ante ellas?

## **6 A modo de epílogo: los educadores, catequistas o animadores jóvenes**

Estos apuntes sobre la formación de los educadores, animadores o catequistas y sus procesos formativos pueden resultar, pese a su brevedad, excesivamente exigentes o ideales. Puede ser. El caso es que si nuestros horizontes se limitan a la realidad que vivimos no iremos muy lejos. Sobre todo, si hablamos de procesos.

Recuerdo cómo Benedicto XVI comenzaba su Carta Apostólica, en forma de *motu proprio*, *Porta fidei*, con la que convocó el Año de la fe, en 2011:

«"La puerta de la fe" (cf. *Hch* 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. *Rm* 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. *Jn* 17, 22)» (PF, 1).

Creo que es interesante no olvidar que **el camino de la fe, «dura toda la vida»**. Por el mismo motivo, los procesos formativos no pueden aspirar a ser completos y perfectos,

so pena de caer en la autocomplacencia o en la obsolescencia. Por el mismo motivo, también, hemos de ser conscientes de que la labor del catequista, educador o animador es puntual en el camino de fe de cada uno. Por eso, no hay que ponerse excesivamente inquietos si vemos que los procesos formativos no son completos y perfectos, o que se tienen ciertas lagunas en unos u otros aspectos. Sería casi demoníaco pensar en un ministerio *perfecto*, en un catequista *perfecto*... ¿Dónde quedarían Dios, su Espíritu y el discipulado itinerante con su Hijo? Tendremos que dejarle hueco o, por lo menos, reconocer que nuestros programas formativos no lo son todo.

Desde esta reflexión, creo que comparto por la inmensa mayoría, quisiera apuntar a otro aspecto, más discutido, como es el del **protagonismo de los jóvenes** en la labor evangelizadora y, como consecuencia, de su vínculo con sus procesos formativos.

Tanto en *Christus vivit* (nn. 202-247) como en el *Directorio para la catequesis* (n. 129), se recuerda la importancia y la necesidad de **que los jóvenes formen parte de los procesos evangelizadores como protagonistas**, asumiendo tareas de responsabilidad: «La presencia de *jóvenes catequistas*, que aportan una contribución especial de entusiasmo, de creatividad y esperanza, debe ser particularmente reconocida. Ellos deben sentirse también responsables de la transmisión de la fe» (DC 129).

Sin embargo, todavía hay responsables —párrocos, coordinadores, etc.— en los procesos de educación en la fe o en las catequesis, que se muestran reticentes al protagonismo de los jóvenes en este ministerio, arguyendo el ingenuo motivo de que no tienen una síntesis adecuada de la fe para transmitirla con integridad. Cuando escucho estas cosas, me pregunto ¿y quién la tiene? **Todos estamos en camino**. Todos, aunque llevemos tiempo, hemos de ser formados y seguir conformándonos.

Partiendo de ahí, ¿no será **una oportunidad** implicar a los jóvenes en el ministerio de la educación en la fe para consolidar su propio proceso, entretejiendo el compromiso apostólico, la personalización de la fe, su vivencia vocacional y espiritual y la transmisión de los conocimientos que se requieran? Creo, por los recorridos que he podido compartir y acompañar, que sí.

En ocasiones pienso que esas reticencias ponen de manifiesto la reticencia a acompañar a los jóvenes. Es cierto que los adultos, *normalmente*, tienen una síntesis y vivencia de la fe más consolidada y que su compromiso es más estable —como digo, *normalmente*—. Sin embargo, los jóvenes requieren ser acompañados, requieren mayor dedicación, tiempos a «fondo perdido», paciencia, mucha paciencia. Con todo, no conviene olvidar que «ni siquiera hace falta que alguien asuma completamente todas las enseñanzas de la Iglesia para que pueda participar de algunos de nuestros espacios para jóvenes. Basta una actitud abierta para todos los que tengan el deseo y la disposición de dejarse encontrar por la verdad revelada por Dios» (*ChV* 234). Por eso, pese a las lagunas que tengan —como todos—, ¿no será está **una oportunidad para su propio proceso**, para su vinculación y participación comunitaria? ¿Qué diferente es el ambiente en una comunidad cuando los jóvenes son protagonistas! ¿Qué vínculos se establecen con los interlocutores y sus familias! ¿Qué procesos vocacionales se facilitan!

No pocas veces se oye, con otras palabras, aquello del evangelizador evangelizado por sus mismos interlocutores, rememorando la experiencia de san Pablo en 1 *Cor* 19-23, cuando se hizo todo para todos, con tal de ganar a algunos y, así, participar de los bienes del Evangelio. Creo que, si todavía no se ha aprovechado esa oportunidad, estamos invitados a **abrirles las puertas y acompañarlos**.

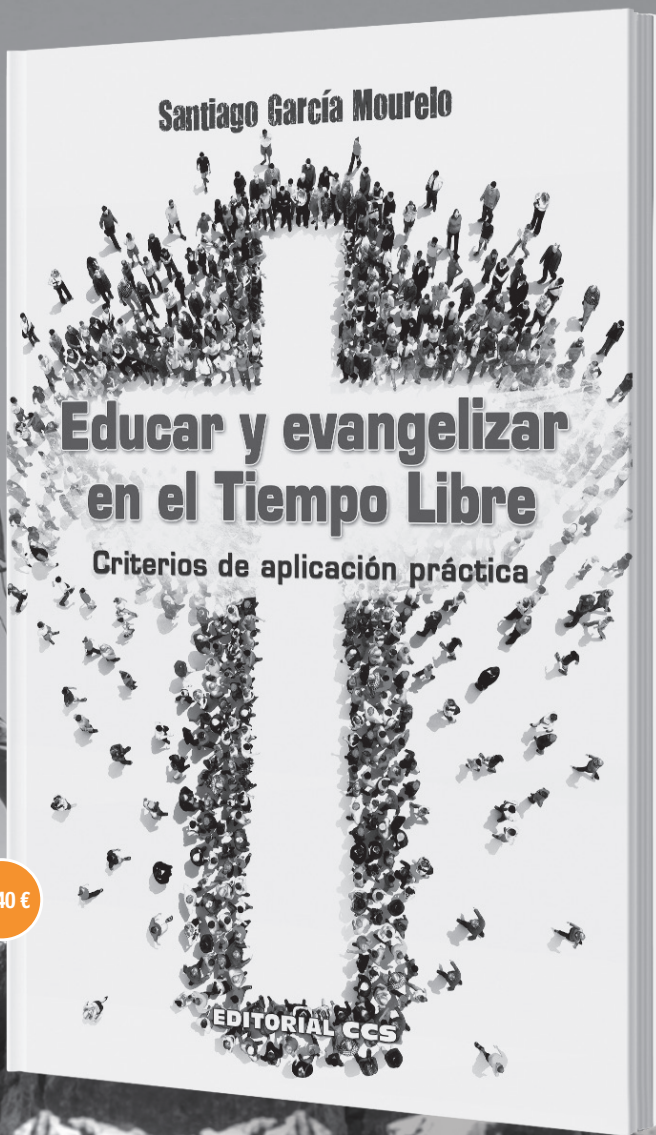
Disfruta del verano  
**FINES DE SEMANA**  
**ENVÍOS GRATIS\***



5% de descuento en compras en nuestra web.

\* Envíos gratuitos para compras web superiores a 6€ en la Península, del 1 de julio al 31 de agosto de 2021, desde las 17 h. del viernes a las 8 h. del lunes posterior.

\*\* Entrega por agencia en 24 a 48 h. en capitales de provincia.



10,40 €

Principios y criterios de Pastoral Juvenil aplicados al ámbito del Tiempo Libre como espacio de intervención educativa y de acción pastoral, fundamental en el proceso de personalización de la fe. Un libro que, a través de datos y también de preguntas que invitan al diálogo, pretende ser instrumento de reflexión para provocar el diálogo y abrir nuevos caminos.



[www.editorialccs.com](http://www.editorialccs.com)

✉ Apartado 101 F.D. / 28080 Madrid ☎ 91 725 20 00 @ sei@editorialccs.com

